

# SAN JOSE - PEKIN

(UN VIAJE A LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS)

Por ADOLFO HERRERA GARCIA

## EL ARTE POR EL ARTE:

Con nuevos pasajeros nos elevamos con destino a Montreal pasada la una de la mañana. Después del despegue, cuando ya los pasajeros podemos desamarrarnos de la faja de cuero que nos une al asiento, comenzamos todos a acomodar los bolsos de mano, a levantarnos para bajar la almohada del estante de arriba, a pedir la cobija, a quitarnos los zapatos, a ponernos cómodos. Es que haremos ahora el tramo La Habana-Montreal sin paradas, y llegaremos amaneciendo. Hay que hacer todo lo posible por dormir.

Eduardo —hombre expedito— echa el asiento para atrás, apaga la luz de leer que hay sobre su cabeza y a poco, su respiración acompasada, su cara satisfecha, me indican que duerme. Yo lo envidio. Ese proceso naturalísimo de dormir es para mí en todas partes, y más en un vuelo, una cosa llena de complicaciones, de sutilezas, de mañas. Echo también el asiento para atrás, y cierro los ojos. Pero una luz, cerca de mí, prendida, me estorba. Me vuelvo para el otro lado. La luz sigue buscándome la retina a través de los párpados. Doy más vueltas. Siempre la misma luz, como una navajilla de afeitar, rasurándome las pupilas. Todos los pasajeros han apagado sus respectivas lámparas. ¡Sólo esa maldita luz es la única encendida abordo! Nervioso, me levanto y le hago una cara feroz al señor de atrás, en nombre y representación de todos los pasajeros en vela. El señor se asusta de mi cara. Es un hombre gastado, cordinflón, con un rictus de odio y amargura en la boca, acostumbrado a ordenar, con gestos, desde la altura hipotética de su billetera repleta. Para seguir descansando hace este viaje a Europa, saliendo de la aldea o la ciudad latinoamericana donde tiene la tienda, la finca de café o la fábrica. Es de apariencia grosera, basto en sus maneras, inculto hasta en esas gotas de sudor que le corren por el cogote mantecudo. En mi indignación de desvelado por su lamparita, imagino que es un egoísta, indiferente a todo lo que no sea el deslizarse de su vida sin tropiezos, de las monedas hacia su caja fuerte y del bolo alimenticio a través de su tubo digestivo, bajo el aroma del puro, en las sudorosas digestiones de la siesta con eructos.

Sigue asustado de mi figura. Y no es para menos. Yo estoy de pie ante él, descalzo, en el pasillo de la cabina, con la cobija colgando de un hombro, tal si fuera la clámide de un senador romano, en pose estatuaría. Descubro que no apaga la luz porque está leyendo. ¿Con que este hombre lee? ¿Y qué es lo que puede leer este hombre de sexto grado? Allí, cerca de su mano inculta, que añora el foete en las cogidas de café, está abierto el último número de "Selecciones". ¡Naturalmente! Yo, más indignado todavía porque no comprende aún que debe apagar su lamparita, me acomodo mejor la cobija que se me está escurriendo a lo largo del cuerpo, y pienso, rencoroso, que aquel hombre que vive en el santo temor del diablo, está bien que se "instruya" en "Selecciones", ese pote fiambre en que se mezclan supersticiones de la Edad Media con nociones pseudo-científicas —y por serlo a medias más repugnantes— todo con ese sabor artificial que deben tener los huevos sintéticos hechos en laboratorio, la "Coca-Cola" y los tamales en lata. ¡Y hombres así, incultos, bastos, egoístas, seniles, son los que dan la tónica a los gobiernos "occidentales", con el último

número de "Selecciones" en una mano y la otra apretando la cartera cerca del corazón!

Al fin comprende que si él no tiene sueño, eso no es motivo para que él impida a los demás dormir, y entonces apaga su lamparita. Yo, dándole un amplio vuelo a la cobija, que ya se me figura la capa de un torero, vuelvo a mi asiento, mientras Otelo, bajito, por la famosa rendija, me aplaude:

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Ya todos estamos envueltos, de la cintura para abajo recostados, acostados a medias, con la frazada azul del avión. Hemos más desvelados. Uno de ellos es el muchacho pálido, delgado, con aire de debilidad, que se montó en La Habana, y que da vueltas en su asiento sin poder conciliar el sueño. Otro es un niño. Tiene diez años y sus padres, residentes en La Habana, lo mandan en avión a conocer a su abuelita, en Londres. Adelante, sólo veo, saliendo y metiéndose por un sillón, la brasa de un cigarrillo...

Me despierta un ruido de tazas y platos. Está amaneciendo. La camarera —pelo castaño, alta, sonrisa simpática— y el camarero —narigón, serio, brillantina en el pelo negro— preparan el desayuno. Descorro las cortinitas de la ventanilla. Abajo está el Atlántico, a la altura de Nueva York, gris perla, moteado de blanco, bajo el sol que está naciendo hacia donde vamos.

Poco a poco los pasajeros despiertan y se incorporan. Algunos están abotagados por el sueño y la mala noche. Se remarcan las arrugas de las caras. La estudiante está más achinada que nunca. Con pena oculta el rostro añejo. Pero todos vamos despeinados, con las corbatas fuera de lugar, con los ojos enrojecidos. Es el momento del amanecer en un avión, que tiene tanto del despertar de una juerga.

Una entrada rápida el lavatorio, una afeitada, un chapuzón en el agua, una peinada, y todo el mundo aparece después pulcro y brillante.

Pasan la bandeja con el desayuno. Abajo el Atlántico es una mancha serúlea con salpicaduras blancas. Pero en toda la costa impera el color gris, sobre el que van resaltando ya las casas, los puentes, las carreteras, las granjas...

De repente vemos un río. Quiero saber cuál es aquel río. Busco el libro que dan abordo con los mapas. Pero Otelo, siempre servicial, dice un nombre, que desde mis tiempos del Liceo no volví a oír:

—¡El San Lorenzo!

Lo atraviesan dos puentes abajo de nosotros. Se ve como una cinta ancha de color plomo, que se deshilacha hacia el mar. Hay lanchitas amarradas a los espigones de sus riberas. Toda la vida de allá abajo, de los agricultores, de los oficinistas, de los obreros, de los pescadores, comienza a espabilarse a los rayos del sol, tibios, ya de otoño, que salen del montón de nubes del Este.

Otelo, muy peinado, de "sweter", cigarrillo en la boca después del desayuno, nos informa que vamos a llegar a Montreal.

El muchacho que se montó en La Habana, viene a hablarnos, porque nos ha oído conversar en español. Estudia pintura. Va para España. Desembarcará en Amsterdam pa-

(Pasa a la Pág. 6)